

que en aquella borrachera
 nuestra dicha echó de menos,
 las muchachas sanluqueñas,
 pues chicas bonitas son
 el alma de tales fiestas
 «y para chicas bonitas,
 » Sanlúcar de Barrameda !»

27.

LA VIDA DE JUAN SOLDADO.

I.

— ¡Qué noche!..... En la chimenea
 sopla el viento sin cesar,
 y son rios las canales
 y hace un frio que ya ya!
 Hijos, avivad la lumbre;
 mas leña..... aunque sea una haz,
 para que así se caliente
 y se seque el militar.
 Tú, Soledad, entre tanto,
 baja un pernil del varal,
 y haz al militar la cena,

que buena gana tendrá.

—Gracias, patroncita, gracias
por su infinita bondad!

— ¡Eh, déjese usted de gracias;
no hacemos nada demás.

En este mundo, hoy por tí,
mañana por mí, y en paz.

Como dice el señor cura,
el que siembra cogerá,

que mañana ú otro día
tal vez mis hijos irán

por esos mundos de Dios
como usted ahora va,

y Dios les dará patronas

que no me los traten mal.....

¡Hijitos de mis entrañas,

Dios los tenga por acá! —

Así dice la patrona;
y el honrado militar,
de negro y largo bigote,
de continente marcial,
de ojos negros; tez morena,
algo rudo en el hablar,
pero de aquellos que llaman
vino al vino y pan al pan,
siente una lágrima tierna
por su mejilla rodar,
aunque el silbo de las balas

no le conmovió jamás.

Y los dos hermosos niños

que ocho ó diez años tendrán,

no se cansan de echar leña,

leña seca en el hogar,

ni se cansa de partir

rico jamon Soledad,

que es una chica morena,

llena de gracia y de sal,

ni se cansa la patrona

huevos frescos de cascar.

—Militar, ¿cómo es su gracia?

dice la patrona.

—Juan.

—¿Y há mucho que usted milita?

—Seis años cumplidos há.

—¿Tiene usted padres?

— Los tengo,

y no los puedo olvidar.

—Aunque jóven, ¡qué trabajos

habrá pasado usted ya!

—¿Qué si he pasado? ¡Ay patrona,

no me quisiera acordar!

—Ya tiene usted á mis chicos

muertos de curiosidad

por saber toda la historia

de su vida militar.

—Hola, caporales! ¿sois

curiosos? Venid acá
y sentaos á mi lado,
que os la voy á relatar,
aunque hay un cantar antiguo
que dice y dice verdad:
«la vida de Juan Soldado
»es muy larga de contar.»

II.

— Una tarde nos decia
el cura de mi lugar:
«Con no sé cuantos franceses
pasa la raya Armagnac.....
¡Que no hallára en Roncesvalles
un Bernardo ese Roldan!
Por amigo se nos vende;
reniego de su amistad,
que tarde ó temprano el gato
las uñas ha de sacar.....
Ese Godoy, por mal nombre
el príncipe de la paz,
el príncipe de la guerra
se debiera tifular,
que la guerra por su culpa
tenemos encima ya.» —

¡Ay cuánta razon tenia
el cura de mi lugar!
Entró el francés en España,
y creyéndole leal,
á su paso en todas partes
fiestas vienen, fiestas van.
Su fino agradecimiento
quiso al español mostrar,
y se le mostró clavándole
en el pecho su puñal,
pues, dejando en los traidores
al mismo Judas atrás,
como Pedro por su casa
entró en Pamplona Armagnac,
en Barcelona Duchesne,
en San Fernando Piat,
y hasta..... patrona, vergüenza
el referirlo me da!
hubo en Madrid españoles
que entregaron sin chistar
la espada del rey Francisco
al sanguinario Murat!
— Jesus, Jesus, qué vergüenza!
— El francés, siempre falaz,
llevó á Francia con engaños
á la familia real,
pues queria Napoleon
en toda España mandar;

pero el pueblo madrileño
que es un Cid, no aguantó mas,
y luchó como un león
al grito de libertad,
matando mas mamelucos
que arenas tiene la mar.
Pero como los franceses
eran veinte veces mas,
al cabo los madrileños
se rindieron á Murat,
que fusiló hasta los niños
de teta.....

—¡Qué atrocidad!

¡Angelitos de mi alma!

—Y diga usted, militar,

¿son judíos los franceses?

—No sé lo que son, rapaz;

pero aquella degollina

cara costándoles va.

Supó el alcalde de Móstoles

que la heróica capital

luchaba con los franceses,

y aunque era un pobre patán,

indignóse y puso un parte

que decia..... poco mas

ó menos: «*Madrid es víctima*

de la perfidia imperial!»

Y el parte por toda España

corre con celeridad,
y en todas partes el grito
de independencia se da.

Las rocas de Covadonga,
donde once siglos atrás

alzó la cruz don Pelayo
contra el pendon musulman,

oyeron el primer grito
contra el francés desleal.

¡Virgen del Pilar! La sangre
me hervia como un volcan,

cuando el bravo Mendizabal
gritó en mi país natal:

«Venid, valientes navarros,
por la patria á pelear.»

Y los navarros seguimos
á aquel valiente, con tal

entusiasmo, que juramos
el fusil no abandonar

hasta conseguir luchando
la muerte ó la libertad.

—¡Si yo hubiera estado allí!.....

—¿Qué hubieras hecho, rapaz?

—Toma, ir á matar franceses
como ustedes. Voto va!

—Bien, hombre! Eres mas valiente
que el Cid y el Gran Capitan.

—Militar, ya está la cena,

con que vamos á cenar.
 —Sí, cenemos, patroncita,
 que tengo necesidad
 de reforzar el estómago
 si el cuento he de continuar,
 pues como dice la copla,
 y ustedes mismos verán,
 «la vida de Juan Soldado
 »es muy larga de contar.»

III.

—Cerquita de Rioseco
 nos dijeron: — «Ahí están
 los franceses!» — Pues á ellos!
 gritó nuestro general:
 y sintiendo de alegría
 el corazón palpar,
 cerramos con los franceses
 al son del racataplan.
 Plum, plurrúm! descarga viene,
 plum, plurrúm! descarga va,
 ¡se armó allí una de doscientos
 mil demonios! ¡Qué silbar
 las balas! ¡Qué modo de ir
 hombres á la eternidad!

Pero..... ya se ve, el francés,
 soldado aguerrido ya,
 bien vestido, bien armado,
 como la zorra sagaz.....
 nosotros, pobres reclutas,
 descalzos y á medio armar.....
 ¡qué habia de suceder!
 triunfó el águila imperial,
 y Escobedo, Chaperon,
 Maceda..... una infinidad
 de valientes derramaron
 allí su sangre leal
 y..... vamos, si no quisiera.....
 — ¡Madre, llora el militar!
 — Patroncitas, me avergüenzo
 de tanta debilidad;
 pero qué quieren ustedes,
 no lo puedo remediar.
 — ¡Calla, también llora madre!
 — ¡Toma, y también Soledad!
 — Rapaces, por los valientes
 todos debemos llorar.
 Pero sigamos el cuento,
 y Dios tenga en santa paz
 á tan buenos militares,
 que de fijo los tendrá.
 El francés en Rioseco
 quiso el triunfo celebrar,

y le celebró el Neron
degollando sin piedad
á todo bicho viviente.

— ¡Jesus!

— Pues aun hizo mas.

— ¡Qué pícaros de franceses!

— No contentos con robar

hasta los santos copones,

su desenfreno fué tal,

que forzaron muchas monjas

delante del mismo altar.

— ¡¡Santo Dios, qué judiada!!

— ¡¡Dios mio, qué atrocidad!!

— Y pegaron fuego al pueblo.

— Dígame usted, militar,

¿se ha acabado ya la guerra?

— Aun dura. ¿Por qué, rapaz?

— Porque si admitieran chicos

en la tropa, me iba allá

y mataba mas franceses!....

— ¡Bien, hombre, bien, voto á san!

Deja que te dé cien besos

que vales un dineral!

Ten un poco de paciencia,

y escucha, que ya verás

como, por arte ó por parte,

donde las toman las dan.

Muchos trabajos pasé

desde aquel dia fatal,
andando de ceca en meca,
descalzo, falto de pan,
con los franceses delante,
con los franceses detrás,
ya tostado por el sol,
ya muerto de frio, ya
despeado, ya molido
á fuerza de caminar!

Pero como siempre el bien
camina detrás del mal,
al fin encontré el desquite
de tanta penalidad;
porque dimos en Bailen
una batalla, que atrás
deja á todas las batallas
que se han dado y se darán.
Mandaba al francés Dupont,
que dicen era sagaz,
y valiente, y entendido,
y en fin..... un buen general;
y á nosotros nos mandaban
Castaños, que no le va
á nadie en zaga, y Reding
y Abadía, que serán
por los siglos de los siglos
espejo del militar.
Reding y Abadía emprenden,

fuego viene, fuego va,
 con el soberbio Dupont;
 óyese el cañon tronar;
 se dan cargas y mas cargas;
 bayonetazos se dan;
 caen franceses como chinchas;
 quiere Dupont escapar;
 le circunvalan los nuestros,
 y ten de aquí, ten de allá,
 mas de veinte mil franceses
 prisioneros se nos dan,
 y si mas no fueron..... fué
 porque no quedaban mas.
 Patronas, pensé aquel dia
 de gozo prevaricar.
 — Por vida de..... ¿Pesan mucho
 los fusiles, señor Juan?
 — Y que pesen ó no pesen,
 ¿qué te importa á tí, rapaz?
 — ¿Que no me importa? Caramba!
 si yo pudiera llevar
 el fusil, sentaba plaza.....
 — Este chico vale mas
 pesetas que el Potosí,
 y ha de ser un general.
 — ¡Ay! no me le quite Dios
 de mi ladito jamás,
 que tiene muchos percances

la vida del militar.

— ¡Ay patrona, todavía
 no sabe usted la mitad.
 «La vida de Juan Soldado
 » es muy larga de contar.»

IV.

Pues, señor, cuando vencimos
 á Dupont, héte que va
 el parte de que apurados
 los de Zaragoza están,
 pues los sitian los franceses
 con mucha tenacidad,
 y decimos: — «Los franchutes
 por aquí guerra no dan,
 y la dan en Zaragoza.....
 Pues señor, vamos allá.»
 Y hala, hala, hala, casi
 sin comer ni descansar,
 llegamos á Zaragoza,
 y en las eras, zas, zis, zas,
 zurrámos á los franceses,
 y entramos en la ciudad!
 ¡Qué alegría los sitiados
 al ver gente tan marcial!

Nos besaban las mujeres
 casadas y por casar.
 «Entregáos!» les decían
 los franceses; pero ya
 todos habían jurado
 por la Virgen del Pilar
 perecer, como en Numancia
 sucedió tiempos atrás,
 antes que entregar la plaza
 al ejército imperial.
 ¡Qué modo de caer bombas!
 ¡Qué modo de pelear
 en todas partes! ¡Qué modo
 de echar á la eternidad
 franceses en los asaltos
 que nos daban sin cesar!
 Don Francisco Palafox,
 el mas valiente y leal
 que ha defendido una plaza
 desde los tiempos de Adán,
 nos daba á todos ejemplo
 de valor al pelear.
 Allí todo Dios cogía
 una escopeta, un puñal,
 un fusil, una hacha, un palo,
 una azada..... un rejalgar,
 y al grito de ¡viva España!
 al zipizape se va,

hasta que al fin el francés
 el sitio tuvo que alzar
 de rabia y vergüenza lleno
 viendo tanta heroicidad,
 en tanto que las campanas
 de la Virgen del Pilar
 alzaban, toca que toca,
 himnos á la libertad.
 Como es mi placer á tiros
 con los franceses andar,
 por salir de Zaragoza
 estaba rabiando ya,
 y se lo escribí á mi madre
 que me contestó..... Aquí está
 la carta:—«Juan de mi alma,
 si te puedes ahí quedar,
 quédate, porque en los campos
 es mucha la mortandad,
 y si te pegan un tiro,
 ¡pobres de nosotros, Juan!»
 — ¡Mire usted la pobrecita
 señora!..... Vamos, si no hay
 amor como el de una madre!
 — ¡Patroncita, qué verdad!
 — ¿Y se quedó usted al fin
 en Zaragoza?

—No tal:
 escribí á mi madre:—« ¡Madre

de mi corazón! lidiar
 por el rey y por la patria
 es el deber principal
 del soldado; con que así
 usted me perdonará
 si en vez de estarme aquí ocioso
 rompo la marcha á buscar
 franceses donde los haya,
 porque aquí no los hay ya.
 Y en seguida..... á discreción,
 marchen, paso regular,
 que siempre el que corre menos
 es el que camina mas,
 marché..... no me acuerdo adonde
 marché. De aquí para allá
 anduve meses y meses,
 hoy en un pobre lugar,
 mañana en una montaña,
 esotro en una ciudad,
 siempre á tiros y pinchazos,
 siempre como un azacán,
 unas veces escapando
 y otras haciendo escapar.
 ¡Ay patronas de mi alma!
 es muchísima verdad,
 «la vida de Juan soldado
 »es muy larga de contar!»

— Pero, lo repito, el bien
 camina detrás del mal.
 Despues de muchos reveses
 que callo, porque me dan
 mucha pena, vino un dia
 de gloria y felicidad:
 pues españoles é ingleses,
 jugando á quien pega mas,
 al francés en Talavera
 zurramos el cordobán.
 Bien se portaron allí
 Cuesta, nuestro general,
 y Wilson, y Wevesley,
 y otros que he olvidado ya!
 Mas la batalla de Ocaña
 que no quisiera nombrar,
 pues lo que en ella perdimos
 será siempre proverbial,
 nos hizo atrasar bastante,
 pero no temblar..... ¿Temblar
 los españoles? No tiemblan
 los españoles jamás.
 Si en las batallas formales
 á veces nos es fatal
 la suerte, porque el francés

es muy diestro en pelear,
las escaramuzas..... son
harina de otro costal.

El Empecinado, Longa,
Mina, Rovira, Julian
Sanchez y otros guerrilleros
han escabechado mas
franceses que en medio siglo
las francesas parirán.

El francés, que medio mundo
dicen ha vencido ya,
con el rabo entre las piernas
de España se ha de largar,
y mas si otra zurra como
la de Arapiles le dan.

Allí le cogió Wellington
seis mil hombres, y además
le quitó la artillería,
y hasta hirió á su general.
Patroncitas, los franceses
de capa caída van,
y lo prueba el que á la raya
se empiezan á replegar;
pero allá vamos nosotros,
y juro á brios, que tendrán
una buena despedida
si nos llegan á esperar.

—¿ Voto á..... Siento que se vayan.

—¿ Por qué lo sientes, rapaz?

— Porque sin matar franceses
no me quisiera quedar.

— Anda, hombre, deja que vivan
los pocos que quedan ya.

Doscientos sesenta mil,
pocos menos, pocos mas,
han venido á España, y quedan
doscientos mil por acá.

— ¡ Ay madres que paren hijos
para verlos..... Militar,
los franceses al fin son
hombres como los demás,
y es un dolor que los hombres
se maten.

— ¡ Y qué verdad,
patroncita! Quien ha armado
todo este berengenal
no son los franceses: es
Napoleon..... ¡ Mal rejalgár
para él!

— ¡ Qué tizonazos
le esperan!

— A mí me da
gusto despachar franceses,
porque es preciso matar
en la guerra; mas la guerra
es una barbaridad.

Con que..... ¿qué dicen ustedes
de mi vida militar?
— ¡Ay, señor Juan, qué trabajos!
Pero se concluye ya
la guerra; irá usted á su pueblo,
y vivirá en santa paz
con sus padres..... ó su esposa,
si se casa, pues tendrá
novia.

— ¡Qué he de tener novia!
— ¿Te estás queda, Soledad?
¡Si parece que pinchándola
con alfileres están!
— Patrona, si nos casáramos
ese florido rosal
y yo..... ¡válgame la Virgen!
— Pues otras cosas habrá
mas difíciles..... Usted
es libre, ella otro que tal.
— ¡Madre, cómo se le alegraron
los ojos á Soledad!
— ¡Embustero! ¿á mi?

— ¡Qué chicos!
¡En todo han de reparar!
¡Jesus, ya cantan los gallos!
Bien dice usted, señor Juan,
«la vida de Juan Soldado,
es muy larga de contar.»

— ¡Señor Juan!
— ¡Patronas! ¡niños!
¿Qué tal?
— Muy bien, señor Juan.
¿Y usted?
— Ha habido de todo.
— ¡Jesus! ¿usted por acá?
Pues está usted de paisano
mejor que de militar.
— Madre, con el uniforme
á mí me gustaba mas.
— Vamos, siéntese usted mientras
esta le hace de almózar.
— A gloria sabrá el almuerzo
hecho por la Soledad.
— Madre, esta parece boba,
mira que te mira á Juan.
— ¿Quién mira, embustero?
— Tú.
— Dejarse de porfiar.
¿Cómo tenemos el gusto
de verle á usted por acá?
— Desde aquí fuimos al Norte,
y á muy poco de llegar,

unidos con los ingleses,
 dimos en Vitoria tal
 embite al pobre francés,
 que le echamos para allá.
 Creyéndose en Roncesvalles
 un Carlo-Magno, un Roldan,
 nos presentó la batalla,
 pero era el sitio fatal,
 porque Bernardo á nosotros
 nos prestó ayuda eficaz,
 y Roldan y Carlo-Magno
 lo pasaron hartó mal.

Lo mismo pasó en Sorauren
 y lo mismo en San Marcial,
 donde Freire se portó
 como todo un militar,
 y así no quedó un francés
 de la raya para acá.

Me fui entonces á mi pueblo
 con el afán de abrazar
 á mis padres..... pero fué
 inútil aquel afán,
 porque..... ¡padres de mi alma!
 Por vida de..... Y luego habrá
 quien estrañe que uno tenga
 tirria y mala voluntad
 á los franceses!

—¡ Jesús

nos asista! señor Juan,
 ¿qué había pasado?

— Pche,

una friolera! Al pasar
 el francés en retirada
 por mi pueblo, pegó tal
 paliza á mi pobre padre,
 que le echó á la eternidad,
 diciendo que el pobre viejo
 tenía un hijo *brigant*,
 y mi madre á los tres días
 murió también de pesar.

— Jesús! Jesús! Ni los mismos
 judíos hicieron mas!

— Como en el pueblo el dolor
 la vida me iba á quitar,
 y me eran insoportables
 parentela y vecindad,
 vendí lo poco que había
 y me vine por acá
 desengañado del mundo,
 buscando..... la soledad.

Con que, Soledad, si usted
 me quisiera consolar.....

— Yo..... si mi madre quisiera.....

— ¡Pues no he de querer! Con tal
 que sea á tu gusto.....

— Diga

usted que sí, señor Juan,
 que el otro día mi hermana
 y la Sauria, y la Paz,
 y la Juana se metieron
 en el cuarto para hablar
 de novios, y les decía
 á las otras Soledad:
 «Chicas, yo todas las noches
 sueño con el militar.»
 — Embustero! ¿yo dije eso?
 — Sí, sí, rabia, rabia! Ya
 que no me quieren abrir,
 dije, se han de fastidiar,
 que he de escuchar lo que dicen.

— ¡Anda, cucharón!
 — ¡Me da la gana!

— Déjale, hija.

Ya lo oye usted, señor Juan.

— Patrona, ¡qué feliz soy!

— Diga usted, ¿me enseñará

usted el ejercicio?

— ¡Hombre!

¿pues no te le he de enseñar?

— ¿Y qué me contará usted?

— Mi vida de pe' á pa.

«La vida de Juan Soldado

es muy larga de contar.»

28.

CASTIGO DE DIOS.

Asomada á la ventana
 la pobre María está;
 tiene el rostro... como el rostro
 del que llevan á enterrar;
 mira con ansia á la calle,
 y solo ve oscuridad,
 y aplica el oído y oye
 como silba el huracán.
 «Está loca rematada!»
 dicen en la vecindad,
 y no mienten. Pobre chica,

loca rematada está!
 Si quereis saber la historia
 de su locura, escuchad.
 Era una chica de quince,
 llena de gracia y de sal,
 con unos ojos de cielo
 que decian soledad.
 Fué á la Florida una tarde
 contenta, alegre, locuaz,
 como una rosa recién
 cortadita del rosal,
 y á la orillita del rio
 viendo á la Inés y á la Paz
 alegremente bailando
 con su novio cada cual,
 que ella no tenia novio
 se puso á considerar.
 Se le saltaron las lágrimas,
 pero, consolada ya,
 las enjugó con el cabo
 de su airoso delantal,
 y se puso á coger flores,
 florecitas de san Juan,
 y tomillo y siemprevivas,
 y qué sé yo cuantas mas,
 Así que hizo un ramillete,
 con él, bajo el delantal,
 en dos saltos á la ermita

de san Antonio se va,
 y dice al Santo bendito,
 engalanando su altar;
 —Santo bendito y hermoso,
 si es verdad
 que á las muchachas honradas
 novio das,
 dame uno, santo bendito,
 ¡que tengo quince años ya!
 Por la cuesta de la Vega
 se la vió á poco tornar
 muy metidita en harina
 con un jóven muy galan;
 y cuentan que detuvieron
 ambos el paso al llegar
 al pié de aquel santo muro
 donde la Virgen está,
 «y allí se dieron palabra
 »de no olvidarse jamás.»

II.

María y Juan se adoraban.....
 Se adoraban? Dije mal:
 Juan engañaba á María,
 María adoraba á Juan,

y vino á resultar de esto....
 lo que suele resultar
 cuando la novia es muy boba
 y el novio es muy truchiman.
 El mundo á lá pobre chica
 escarneció sin piedad
 y celebró con chacota
 las gracias del perillan.
 Bien pudo la pobre chica
 acudir á un tribunal,
 pero ¿qué hubiera sacado?
 Dar un escándalo mas,
 que el delito semejante
 al cometido por Juan,
 se comete sin testigos
 y..... váyale usté á probar,
 y el que no quiere por bien,
 cómo ha de querer por mal?
 Legislacion que no alcanza
 tal delito á castigar,
 hace muy bien en llamarse
 legislación criminal.
 La desventurada chica
 se contentó con llorar,
 y tanto lloró la pobre,
 y su tristeza fué tal,
 que al cabo se volvió loca,
 pero qué, loca de atar!

Al pié de aquella ventana
 donde su víctima está
 á las doce de la noche
 iba muy rendido Juan,
 y hasta la ventana á veces
 solia el bribon trepar....
 Pobre loca! allí la tiene
 una esperanza quizá,
 la esperanza de que torne
 el amante desleal,
 pero el amante no torna,
 y la pobre chica va
 perdiendo aquella esperanza
 y comienza á desvariar.
 ¿Oís esa carcajada?
 Atencion que va á cantar.
 —«Una palabra me diste
 »y la has olvidado ya,
 »pero yo cumplo la mia
 »de no olvidarte jamás.»

III.

¡Santa Bárbara hendita!
 Comienza á relampaguear
 y los truenos menudean

y cada vez suenan mas.
 Retirate, pobre loca,
 de esa ventana fatal;
 los relámpagos que alumbran
 tu descolorida faz
 despiertan en tí recuerdos
 que no debes evocar,
 son la imágen verdadera
 de tu ventura fugaz!
 Pero ¿qué ruido, qué canto
 blasfemo, torpe, brutal,
 hasta tu ventana llega
 en alas del huracan?
 Acércase una cuadrilla
 de jóvenes, cuya faz
 ha descompuesto el desórden
 de asquerosa bacanal.
 Cantan, se atropellan, rien
 y blasfeman al compás
 del estallido del trueno
 que retumba sin cesar.
 Pobre María! sus ojos,
 amortiguados poco há,
 se van animando..... brillan
 con un brillo sin igual,
 que siente la pobre loca
 su corazon palpar,
 que oye la voz del ingrato,

de su verdugo, de Juan!
 Su vergüenza, sus dolores,
 su prolongado esperar,
 todo, en fin, la pobre loca,
 todo lo ha olvidado ya,
 pues piensa que, pesaroso
 de su olvido, torna Juan,
 como otro tiempo, á embriagarla
 de amor y felicidad,
 y llora la pobre chica
 de gozo, no de pesar,
 y abre sus brazos con ánsia,
 con delirio, con afan
 de oprimir contra su pecho
 á aquel por quien loca está.
 — «Ven, amor mio, le dice;
 amor mio, ven acá,
 ven, ven, que sin tí me muero,
 que no puedo esperar mas!
 Y dando una carcajada,
 vuelve otra vez á cantar:
 «Una palabra me diste
 »y la has olvidado ya,
 »pero yo cumplo la mia
 »de no olvidarte jamás.»

VI.

A la ventana se acerca
el amante desleal,
á impulso de la costumbre
ó á impulso de la crueldad,
que alma de tigre es preciso
tener para atormentar
á la mujer que honra y vida
sin pedir recibo da.

—Hola, murmura, ¿qué es eso?
¿conjuras la tempestad
ó estás de espera? Qué diablo!....
¿cuántos han caído ya?
Responde..... no tengas miedo.

Yo no me he de incomodar.
Del árbol que yo he podado
hagan leña los demás.

—¡Teme á Dios!

— Soy muy valiente.

—Compadéceme!

—Bah! bah!

¿Te tratan mal tus amantes?

.....
—Calla, se ha quedado atrás!

Juanito, qué haces ahí, hombre?
¿Qué, no vienes?

—Já, já, já,
está pelando la pava!

—No hay duda.

—Cierto.

—Cabal.

—Veamos la ventanera.

—Será linda.

—Lo será.

—Juan no se va á las peores.

—Díganlo Juana, Pilar,

Petra.....

—Qué chicas!

—Divinas!

—Encantadoras!

—Bien mal

se portó con todas ellas!

—Las echó á la eternidad.

—Y dicen que amor no mata!

—Sí mata.

—Qué ha de matar!

—Es lo cierto que esas chicas
se murieron y tres mas.

—Pero de amor?

—Por supuesto.

—Ay qué horror!

—Qué atrocidad!

—Yo no quiero enamorarme.

—Ni yo tampoco.

—Jamás

he de querer á ninguna.

—Muchachos, nada de amar :

á divertirse con todas ,

y..... viva la libertad !

—Magnífico !

—Qué talento !

—Sublime !

—Piramidal !

.....
—Adios , mi linda olvidada !

—Por Dios, ten de mí piedad !

Con que me olvidas , ingrato ?

—Tengo otras en que pensar.

—No me olvides, no me olvides,
que Dios te castigará !

—Bien predicas, pero yo
soy pecador contumaz.

Me importa el cielo tres pitos,

y en teniendo á mi mandar

vino y muchachas , desprecio

la cólera celestial.—

No bien tan torpe blasfemia

hubo proferido Juan,

el fuego del cielo , un rayo

le hirió con golpe mortal ;

mas la loca no oyó el grito

que dió al tiempo de espirar ,

pues espiraba tambien

y era su canto final :

« Una palabra me diste

» y la has olvidado ya ,

» pero yo cumplo la mia

» de no olvidarte jamás.»